

Nadia Rúsheva, la eternamente viva

Anastasia Espinel Suárez

Historiadora, escritora y docente de la UDES (Universidad de Santander, Bucaramanga),
anastasiaespinel@gmail.com

Ella nos había dejado una riqueza inmensa

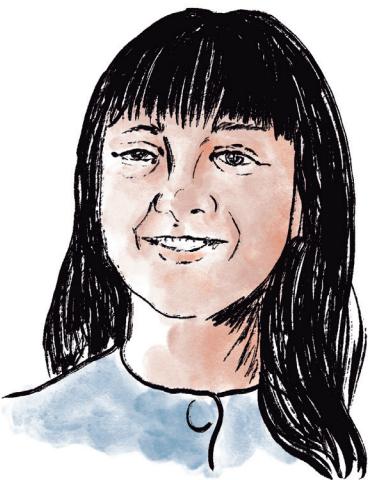
Vladimir Shchepkin

Un niño rubio nos mira desde la página de un álbum con sus enormes ojos llenos de misterio extraterrestre mientras sus frágiles dedos acarician los delicados pétalos de una rosa roja. En la otra página, aquel mismo niño aparece conversando con una serpiente que no aparta de él sus ojillos inmóviles y su lengua bifurcada está a punto de destilar el veneno. Un hombre con barba de varios días en su rostro sumido, de hombros encorvados y brazos caídos, sentado de espaldas a su avión semienterrado bajo la arena, está a punto de desfallecer y toda su figura emana una desesperación casi palpable. Un Zorro, triste después de la partida de su único amigo humano, un campo de rosas, la inmensidad del desierto y, finalmente, un cielo sembrado de estrellas concluye aquel ciclo de ilustraciones para “El Principito”, aquella obra inmortal de Antoine de Saint-Exupéry. En las otras páginas de aquel mismo álbum aparecen unas ninfas ligeras como el viento bailando al son de la flauta de Pan, la precipitada carrera de vigorosos centauros, una hermosa ninfa visiblemente confundida bajo la fogosa mirada de un joven y apuesto Baco, un centaurillo de grandes ojos tristes sosteniendo entre sus frágiles manos una corona de flores y muchos otros personajes mitológicos, históricos, literarios o simplemente inventados por la imaginación de la creadora de toda esta maravilla cuya foto aparece en la última página del álbum. Es una niña con gafas, de delicadas facciones orientales, cabello negro y lacio que le cae libremente sobre los frágiles hombros y ojos ligeramente almendrados llenos de aquel mismo misterio de otros mundos reflejado en los rostros de sus personajes. Bajo la fotografía aparece su nombre: Nadia Rúsheva. Y también las fechas de su breve permanencia en este mundo: 31 de enero de 1952 - 6 de marzo de 1969.

Vivió apenas 17 años, un mes y una semana y se disolvió en la inmensidad interestelar, al igual que el Principito, uno de sus personajes favoritos, dejándonos más de 12 000 dibujos sobre diversos temas. Retrataba a los dioses y héroes de los mitos griegos, a los personajes de Pushkin, Tolstói, Turguénev Bulgákov, Saint-Exupéry y otros clásicos de la literatura rusa y universal, a las bailarinas en la escena del teatro Bolshoy, a sus compañeros de colegio y también a los seres fantásticos. ¿Quién era en realidad aquella niña genio, llamada por muchos críticos del arte “la artista más talentosa de toda la era soviética”, “Mozart en la pintura”, aquella criatura realmente increíble?

Su existencia parecía estar impregnada del arte incluso antes de su llegada al mundo. En agosto de 1945, un joven artista teatral ruso, Nikolái Rúshev, llegó de Moscú a la lejana Tuvá, una pequeña república autónoma en pleno corazón de Asia, por invitación del Teatro Nacional de Música y Drama de Tuvá. Trabajando allí como escenógrafo, conoció a la joven tuviniana Natalia Azhikmaá, una de las primeras solistas del *ballet* clásico de su tierra, modelo de la exótica refinada belleza oriental. Sin duda, era un amor a primera vista ya que pronto se casaron y, tras haber recibido una invitación del Ministerio de Cultura del vecino país de Mongolia, se trasladaron a Ulán Bator, donde comenzaron a trabajar en el Teatro Nacional de Ópera y *Ballet*. Allí, en la capital de Mongolia, en pleno invierno de 1952, nació el primer y único fruto de su gran amor, una niña que, por indicación de una obstetra nativa, recibió el nombre de Naydán que en mongol significa “eternamente viva”.

Andrea Henao @mayheja



Poco después del nacimiento de su hija, los Rúshev se trasladaron a Moscú donde el nombre de la niña, demasiado exótico y poco común, se transformó en Nadezhda o simplemente en Nadia. Allí, en la agitada, ruidosa y superpoblada capital soviética de la época popularmente conocida como “el Deshielo de Jrushchov”¹, transcurriría la mayor parte de la vida de la futura artista.

Nadie nunca le enseñó a dibujar. A los 5 años, por iniciativa propia, tomó en sus manos papel y lápices y no se separó de ellos por el resto de su vida. A los 7, mientras su padre le leía en voz alta el libro favorito de la niña, “El cuento del zar Saltán”, de Alexander Pushkin, Nadia hizo de una vez 36 ilustraciones con los personajes de la historia, entre los cuales sobresalía la bella y misteriosa Princesa Cisne.

La pintura era para ella un juego alegre y divertido. Cuando llegaba a casa del colegio, trataba de hacer sus tareas escolares lo antes posible para poder entregarse plenamente a sus fantasías pictóricas. Siempre tenía al alcance de la mano pequeños álbunes u hojas sueltas de diferentes formatos y colores. Al comienzo, ella gastaba en aquel pasatiempo apenas una media hora al día, pero, poco a poco, se convirtió en el sentido de toda su vida.

A los 12 años Nadia ya era famosa, después de su primera exposición personal en la sede de la prestigiosa revista “Juventud”. Natalia Máslova, una reconocida crítica de arte, caracterizó aquellos trabajos infantiles con las siguientes palabras: “Nadia

simplemente vive dentro de la pintura y simplemente no se imagina su vida sin dibujos. Los siente, los ve y por eso no necesita borradores”².

A su vez, el famoso escultor Vasili Vatagui afirmaba que las pinturas de Nadia

no parecen en absoluto una simple obra infantil ya que incluso entre los pintores adultos muy pocos poseen las mismas habilidades técnicas, el mismo sentido de la composición y de la perspectiva, la misma nitidez de las imágenes y la percepción artística del mundo.³

El padre de Nadia jamás quiso matricular a su hija a alguna escuela de arte pues consideraba que la extraordinaria imaginación de la niña no se podría aprender en ninguna escuela. El destino artístico posterior de Nadia confirmó que su padre tenía razón. A medida que su personalidad se maduraba, abierta a todas las manifestaciones de la vida cotidiana, sus amistades de colegio, sus libros favoritos desarrollaron aún más su imaginación, pulieron su talento y perfeccionaron su habilidad con el pincel y el lápiz.

Todos los que la veían trabajando quedaban impresionados por aquella rapidez, ligereza y precisión con que la joven pintora creaba sus obras maestras. Jamás utilizó un borrador ni hizo esbozos para ninguno de sus cuadros; parecía que estuviera trazando los contornos de figuras ya existentes, pero invisibles para los demás. “Es que las veo, incluso con los ojos cerrados, aparecen en el papel como signos de agua y solo hay que marcarlos, perfilarlos lo mejor posible para que todos pudieran verlas”, decía la misma Nadia con su habitual sinceridad infantil.

En su corta vida Nadia tuvo 16 exposiciones personales. Sus obras fueron exhibidas no solo en Moscú, Leningrado y otras grandes ciudades de la Unión Soviética, sino también en Checoslovaquia, Polonia, Rumanía, los Estados Unidos, India y Japón. Su nombre aparecía con frecuencia en la prensa, pero la misma Nadia no le prestaba demasiada atención. Parecía vivir en su propia dimensión, completamente ajena a todo aquel ajetreo mundial alrededor de su talento, una visitante casual

¹ Período en la historia de la Unión Soviética referente a los años 1956-1964 en que la censura fue considerablemente relajada por iniciativa del entonces líder soviético Nikita Serguéyevich Jrushchov (1894-1971) y tuvo lugar un considerable auge de la vida cultural.

² Maya Kern, “Cómo vivía y trabajaba la artista más joven de la Unión Soviética”, Revista Rossiyskaya Gazeta (en ruso), 30 de enero (2014). <https://rg.ru/2014/01/30/rusheva-site.html>

³ Ibid.

en este planeta, al igual que el Principito. Ni siquiera tenía amigos cercanos ya que todos sus secretos los compartía tan solo con sus padres, los únicos seres de este mundo capaces de entenderla.

Uno de sus compañeros escolares recuerda:

Nadia y yo vivíamos en los edificios vecinos, pero nunca hablábamos. Era una niña demasiado seria, ensimismada y poco sociable. También recuerdo muy bien a su madre porque se parecía mucho a Yoko Ono, la esposa japonesa de John Lennon. ¿Qué es lo que más recuerdo de Nadia? Cuando ella salía todos los días al patio entre nuestras casas para pasear con correas a sus mascotas, varios conejillos de Indias, como si fueran perros. Todos los chicos se burlaban de semejante modo de tratar a unos simples roedores, pero ella ni siquiera nos hacía caso. En aquel entonces, la creímos simplemente loca y no teníamos ni idea de que era una gran pintora, famosa en todo el mundo; en cuanto a ella misma, creo que simplemente le parecíamos tan ignorantes y primitivos que no nos consideraba dignos de su atención. En realidad, parecía un ser de otro mundo...⁴

En febrero de 1969, el estudio cinematográfico "Lenfilm" invitó a la joven artista a participar en el rodaje de una película biográfica sobre ella misma. Nadia viajó a Leningrado junto con su padre y, según el testimonio de Nikolái Rúshev, eran los días más felices en la vida de ella. Después del rodaje, Nadia recorría las calles de la hermosa ciudad a orillas del Nevá, visitaba el Hermitage y otros museos, buscando la inspiración para sus próximas obras. A sus 17 años se sentía llena de vida y de sueños. Le faltaban unos pocos meses para graduarse de la secundaria; tenía planes de ingresar en el Instituto Estatal de Cinematografía y estudiar el diseño de dibujos animados. El mundo entero parecía sonreír a la talentosa joven que ya estaba a punto de entrar en la vida adulta.

En marzo el padre y la hija regresaron a Moscú donde poco después sobrevino una terrible tragedia. Según el testimonio de la madre de Nadia, el día fatal de 6 de marzo de 1969 comenzó como todos los demás:

Yo estaba preparando el desayuno mientras Nadia se vestía para ir al colegio, se inclinó para amarrar los cordones de sus zapatos,

pero de pronto se cayó al suelo. Al ver que la niña yacía inconsciente, Nikolái corrió al hospital más cercano ya que ni nosotros, ni ninguno de los vecinos teníamos teléfono para llamar la ambulancia.⁵

Dos horas después Nadia murió en la mesa de cirugía. La causa de la muerte era la hemorragia cerebral, consecuencia de una patología nata de uno de los vasos sanguíneos en el cerebro. La tecnología de los años 60 del siglo pasado no permitía diagnosticarla en vida, por lo que los niños que nacían con semejante patología solían morir en los primeros años de vida. No obstante, Nadia vivió hasta los 17 años, lo que podría ser considerado un verdadero milagro.

Por muy cruel que parezca, la muerte prematura de Nadia llamó un interés aún mayor hacia su obra. Actualmente sus pinturas están incluidas en las exposiciones de numerosos museos tanto de Rusia como de otros países. Su padre le dedicó un maravilloso libro titulado "El último año de Nadezhda" y, sin poder superar el dolor de la pérdida, la sobrevivió tan solo en 6 años. Natalia, la madre de Nadia, se convirtió en la guardiana principal del inmenso legado artístico de su hija y en la organizadora de sus exposiciones en todo el mundo, hasta su muerte en enero de 2015 a la edad de 88 años. Al morir, había legado todos los dibujos de la colección personal de su esposo y de su hija al Museo de Bellas Artes Pushkin en Moscú.

Los restos mortales de los Rúshev yacen en el cementerio Pokróvskoye en Moscú, bajo una lápida de mármol negro con la imagen tallada del centaurillo, uno de los dibujos más famosos de Nadia, quien contempla a los visitantes con sus ojos tristes y sorprendentemente vivos. Sobre la tumba del padre, la madre y la hija siempre hay flores frescas; los jóvenes pintores, músicos y bailarines suelen reunirse allí para honrar la memoria de aquella familia de grandes artistas y pedir a sus almas inmortales compartir con una nueva generación de los servidores del arte al menos una parte de su talento.

¿Dónde estás ahora, Naydán, "la eternamente viva"? ¿Qué habría sido de ti en

este mundo de gente adulta? Sin duda, te habrías convertido en una artista mundialmente reconocida, en una esposa, madre, abuela, pero simplemente no resulta difícil imaginarte como una mujer adulta hecha y derecha. No, no naciste para esto. Resulta mucho más fácil imaginarte volando a través de las lluvias de meteoritos y estrellas

fugaces al encuentro de tu hermano del alma, el Principito; los veo a ambos contemplar los hermosos atardeceres, limpiar los volcanes, arrancar los brotes malignos de los baobabs, cuidar de la frágil y caprichosa Flor y soñar, soñar sin parar, porque este ha sido tu verdadero destino, ser la niña eternamente viva. ■



Dora Ramírez, "De la serie Mitos. Rodolfo Valentino", acrílico sobre lienzo, 1974, Colección Museo de Antioquia, usada con autorización de la familia. Fotografía de Carlos Tobón